ÚLTIMO CANTO DE ANDRÉS CHENIER [1]

POEMA

Premiado por el Ayuntamiento de México

I

Ya es tiempo de morir! ¡Mi última aurora
rompe el capuz de la impalpable bruma,
y del día que nace, precursora,
deja el ave la rama protectora
y entrega al viento la rizada pluma!
¡Ya es tiempo de morir! ¡Venga en buen hora
el sueño eterno con su augusta calma,

que ya deshecha la robusta prora
lleva el bajel en que navega el alma!

II

¿Qué importa perecer? Si faltas tuve
sobre ellas tiende mi suplicio un velo:
el rayo rompe la siniestra nube,
y el bien oculto que con ella sube
desciende en lluvias y fecunda el suelo.

III

La muerte por la patria nos redime;
¡bien haya aquel que al batallar sucumba,
y bajo el hierro que el tirano esgrime
con el pendón del libre se derrumba!
Ni alivio quiero ni piedad imploro,
que cuando el campo al adalid espera,
fuera morir en paz, mengua y desdoro,
y lecho de baldón la tumba fuera.

IV

Morir así soñaba cuando á solas
con mi laúd, al declinar el día,

llegar miraba las tranquilas olas
que empuja el viento hacia la playa mía.
¡Oh mi natal ribera (2), oculto nido
de bienestar, de ensueños y de amores,
que la brisa al pasar, como un gemido
mi último adiós te lleve, confundido
con sus tristes y lánguidos rumores!

V

Alegre ayer te saludó la lira
que hoy llora engaños y sin fe se queja,
y eco es de un alma que afanosa mira
cómo el ángel del bien con que delira
tiende las alas y fugaz se aleja.

VI

¡Oh memorias del tiempo que ha pasado!
bellos fantasmas que en su mente evoca
el viajero que, solo y extenuado,
cae rendido sobre aislada roca;
venid, venid á mí, dad fortaleza
al que va sin apoyo y sin abrigo,
y, cuando corte el hierro mi cabeza,
hacia un mundo mejor volad conmigo.

VII

Te espero allí, ¡oh alma de la hermosa
virgen de Grecia (3) que en la tibia noche,
cuando cruza la luna silenciosa
el cielo azul, y rompe generosa,
flor escondida, el perfumado broche,
á mi lado miré; á ti la pura
hija gentil de la inmortal Atenas,
á ti que ignoras hoy que entre cadenas
gimo sin que me brinde tu ternura
su guirnalda de mirtos y verbenas;
á ti te espero allá, tu blando acento
vibrará junto á mí, triste y cobarde,
como vibró en la voz del manso viento
que mezcló tu gemido á su lamento
cuando te dije adiós aquella tarde!

VIII

¡Ya aquí no te veré, sombra querida
que entre las brumas del pasado flotas;
ni más he de cruzar por la perdida
senda, en que me esperabas escondida
entre laureles y columnas rotas!

IX

¡Ay! cuando el sol para morir descienda
tras la alta cumbre del lejano monte,
y entre la bruma azul del horizonte
su antorcha el astro de la tarde encienda,
llora pensando en mí, llora la suerte
que de tu lado me separa impía;
que mi alma, abandonando de la muerte
el místico lugar, envuelta á verte
irá en la luz crepuscular del día!

X

Y tú, pueblo francés, cuando mañana
recuerde tu memoria al condenado
por tu justicia ciega y soberana,
piensa que obedecer la ley tirana
del destino fatal, no es ser culpado.
¡Piensa que fué la libertad mi norte,
que lucir la miré límpida estrella,
que cuando el hierro mi cabeza corte,
mi varonil adiós será para ella!

XI

No te maldigo, no; bendita sea
tu formidable mano que levanta

entre las sombras la rojiza tea,
para que el mundo á sus fulgores vea
roto el yugo de ayer bajo tu planta.

XII

¡Es justo tu furor, es necesario
como es la saña cuando sigue al ruego,
como lo es que alimente al incensario,
para que exhale aromas, vivo fuego!
¿Qué la víctima importa al sacerdote
que entona salmos ante roja pira?
¡Oh, pueblo! ¿qué te importa el rudo azote
de tu venganza, si es sagrada tu ira?

XIII

¡Alza altanero las crispadas manos,
recuerda tu abyección y tus dolores,
y mata á los que fueron tus tiranos
y humilla á los que fueron tus señores!
¡Alegre en torno del tablado, danza,
ríe cuando aniquiles la materia,
y busca en sus despojos la esperanza
que arrancó de tu pecho la miseria!

XIV

¡Es justo tu furor! ¡Ay! ¡cuántas veces
olvidando tu encono y tus agravios,
con honda angustia y entre humildes preces,
«pan» imploraron «por piedad» tus labios;
y nadie te escuchó, y acaso viste
al clavar la pupila en lo infinito
con doloroso afán, callado y triste
pasar al ángel del poder, proscrito!

XV

Y en aquella visión muda y extraña
miraste escrita tu futura historia,
y juzgaste palacio tu cabaña,
y la nudosa y despreciable caña
que tu báculo fué, cetro de gloria.
Y obedeciendo á vengador empuje,
te uniste al punto, como unirse suele
la arena frágil, que imponente ruge
cuando africano vendaval la impele.

XVI

Todo cedió á tu paso: la ancha puerta
de la Bastilla rechinó en sus gonces;

y cual león que hambriento se despierta
y en torno gira la mirada incierta
y ve la presa y se detiene entonces;
te detuviste ante el titán sombrío,
hasta que al fin, como sus olas lanza
á la honda sima turbulento río,
te lanzaste en tropel, al son bravío
de tu lúgubre canto de venganza.

XVII

No vacilaste ya: ni tu abandono
ni tu pasada esclavitud te arredra,
y el rayo arrojas de tu airado encono
contra el coloso secular de piedra.
Tronó el bronce en la altura, á tu alarido
respondiendo iracundo; entre humo y balas
se rebujó el gigante maldecido,
y el ave del terror, sobre aquel nido
de ignominia y baldón, tendió las alas.

XVIII

Querías demoler aquel baluarte
formidable y siniestro del pasado,
y él abatir el bélico estandarte

por tu diestra sin hierros tremolado;
y tú ibas á vencer: la fuerte espada
se embota en el broquel del pensamiento,
y eran, para animarte en la jornada,
la risa de Voltaire tu carcajada,
y el grito audaz de Mirabeau tu acento.

XIX

Marat, Gonchon, Santerre, Maillard, Elías
marcando á tus furores el camino,
dejaban ver en sus miradas frías
y en sus frentes severas y sombrías
el fallo inapelable del destino.

XX

¡No eras tú el luchador, era el futuro
venciendo de otra edad la pompa vana,
y fué, á su empuje, el almenado muro
débil espiga que el turbión desgrana!
Y entre las ruinas del que fué impasible
testigo de tu oprobio y tu tormento,
por la primera vez el invencible
lábaro popular onduló al viento.

XXI

Sacia tu sed de justiciero enojo,
busca en la muerte seductor halago,
y eleva el hierro, por la sangre rojo,
sobre los campos que taló el estrago;
mas no juzgues traidor al que de viva
sed de grandeza y patriotismo lleno,
por ver el sol de libertad arriba
hundió quizá sus plantas en el cieno.

XXII

¡Ay! ¿en el cieno?... ¡no! No pretendía
librar del beso helado de la parca
á la vieja y caduca monarquía,
¡salvar al hombre quise, no al monarca!
Yo siempre amé la libertad, el yugo
maldije siempre bendiciendo al bravo,
siempre en mis cantos infamé al verdugo,
y en ellos siempre desprecié al esclavo.

XXIII

Odié á Marat, porque rencor merece
el que oculta en su pecho vil rencilla,

y no le impulsa la ira que enaltece,
sino el rastrero encono que mancilla (4).
¡Tú sí eres fuerte y noble, oh pueblo! sabe
que al morir te bendigo; ven y toma
mi lira y su cantar, es el del ave
que moribunda, con cadencia grave,
saluda al sol que por oriente asoma.

XXIV

¡Ay! sólo eso te doy, nada á la historia
puedo legar de grande, nada valgo,
y morirá conmigo mi memoria.
Débil arbusto, al vendaval me quiebro
hoy que entre sueños de grandeza y gloria
algo se agita ansioso en mi cerebro (5).

XXV

Aquel ángel de amor que hallé á mi paso
cuando en mi hermosa juventud serena,
lleno de dulce fe, crucé al acaso
con mis ensueños la región helena;
el ¡ay! del ave que arrojó del nido
la torpe veleidad de la fortuna,
y que hasta mí llegó cuando abstraído,

en triste y yerma soledad perdido,
seguía el curso de la errante luna;
el rumor de la verde enredadera
que me habló de heroísmos del pasado,
mientras el viento la agitaba, y era
festón del viejo capitel truncado;
todo me hizo sentir un ignorado
secreto afán, y por la vez primera
al ídolo que en mí llevaba oculto,
vagando solitario en la ribera,
rendí en silencio misterioso culto.

XXVI

Y el mar Egeo, el viento gemebundo
que rizaba las olas peregrinas;
el recuerdo tristísimo de un mundo
que, en abandono lúgubre y profundo,
reposa inerte bajo mustias ruinas;
lo fugaz del humano poderío,
y la humana altivez que funda, necia,
su orgullo en lo que al fin el soplo impío
del tiempo arrasará; todo el sombrío
cuadro de destrucción que hallaba en Grecia,
en mí nacer hicieron ese vago
dulce anhelar por que mi afán suspira,

y busqué entre el tupido jaramago
que agitaba la brisa en blando halago,
de algún griego cantor la muda lira...

XXVII

Si fuera aún de mis acciones norma
la antojadiza voz de mi capricho,
pronto quizá prestara vida y forma
á lo que sólo al corazón le he dicho;
pero voy á morir... ¡cuando desata
su ira la tempestad, ¡ay! el perfume
del cerrado botón que troncha y mata,
ignorado de todos se consume!...

XXVIII

Mas ¿qué he de ambicionar? Al fin ¡oh suelo!
altiva y noble multitud te puebla;
ya el sol de libertad brilla en tu cielo
y su manto de angustias y de duelo
recoge en pliegues la nocturna niebla.
Mi alma tranquila y resignada parte
á habitar de la muerte la sombría
triste mansión; muy pronto voy á darte,

patria, mi último adiós; mas sé al dejarte
que si tuyo es mi amor, tu gloria es mía.

XXIX

¡Gloria imperecedera, que tú no eres
culpable de la sangre derramada;
que tú la paz y el bienestar prefieres
á armar hombres y niños y mujeres
con flamígera espada!
Tuya la idea liberal ha sido;
mas tú la viste en majestuosa pompa
alzarse entre la calma, no has querido
verla avanzar al fúnebre sonido
de la guerrera y destemplada trompa.

XXX

¡Oh pueblo! si la patria, al convocarte,
logrado hubiera con su acento darte
para el pasado olvido, como al pecho
que presentar debías al coloso
noble esfuerzo le dió, ¡cómo orgulloso
sin la muerte, al luchar por tu derecho,
vencido hubieras en la lid, y ufano,
no la palma sangrienta

del guerrero ostentaras en la mano,
sino el laurel, que el pensamiento humano
en sus victorias, generoso, ostenta!

XXXI

Mas ¡ay! que así no fué, y al hado plugo
que acudieran de nuevo á tu memoria
páginas que los reyes y el verdugo
con tu sangre escribieron en la historia.
Y tu pasado recordaste todo,
y quisiste, entre ruinas y entre espanto,
mezclar audaz, irguiéndote entre el lodo,
el llanto regio á tu plebeyo llanto.

XXXII

Tenías que arrollar: nadie previene
el destructor embate de la llama;
¿en dónde se halla el dique que detiene,
cuando impetuoso desde lo alto viene,
torrente turbio que encrespado brama?
¿En dónde está?... mas basta. Al fin la hora
de mi muerte ha llegado, la neblina
huye al beso del sol que la colora...
¡Salve, pueblo, que en masa aterradora

rodeas en tropel la guillotina!
¡Adiós, ya sólo anhelo que al redoble
del fúnebre tambor mi alma huya libre,
y que á tu oído, varonil y noble,
eterno el eco de mi canto vibre!

Julio de 1888.

NOTAS

(1) Andrés María Chenier, poeta francés del siglo XVII, murió en la guillotina el 25 de julio de 1794, á la edad de 32 años. Hago comenzar mi poema pocas horas antes de que Chenier fuese conducido al cadalso, al que subió bajo el peso de injusta acusación. Se le achacaba haber combatido en pro de la tiranía y en contra de la libertad del pueblo. Esto es enteramente falso. Chenier, dotado de un corazón generoso y noble, amaba la libertad; pero temía los avances revolucionarios, porque quizá, con ese poder de adivinación que á las veces poseen los poetas y que ante ellos rasga el velo del porvenir, comprendía que el pueblo iba á ahogar en sangre su furor por tantos y tantos siglos reprimido. Fundó Chenier *Le Journal de Paris,* periódico conciliador, enemigo á la vez de los realistas fanáticos y de los demagogos, y aquel periódico fué su perdición. Si de los primeros hubiera sido el triunfo, habrían condenado á Chenier por ser amigo y defensor del pueblo; triunfó el pueblo, y el tribunal revolucionario le sentenció á morir como enemigo de la patria y de la libertad.

Quiso evitar el derramamiento de sangre, y tuvo que entregar al verdugo su cabeza llena de pensamientos grandes y generosas ideas.

Chenier fué noble hasta lo último; el pueblo á quien él tanto amaba; el pueblo por el que había sacrificado bienestar y reposo; el pueblo que, en cambio de tanta abnegación y amor tanto, pedía á gritos su muerte, no escuchó brotar de sus labios ni una queja ni un reproche.

Andrés Chenier comprendió que la matanza era, como lo había temido, el efecto necesario é inevitable de los primeros movimientos revolucionarios que arrojaron por tierra á la monarquía francesa.

(2) Chenier nació en Constantinopla, en donde era su padre Cónsul General de Francia, el 29 de octubre de 1762.

(3) Hijo de una noble griega, con frecuencia Chenier hacía viajes al país en que nació aquella que le dió el ser. Nada de extraño tiene, por lo tanto, suponer que el poeta hubiera dejado un amor en aquellas regiones en donde sintió crecer y palpitar el genio en su cabeza y en donde, perdido entre ruinas, al recordar un pasado lleno de grandeza, murmuraron, tal vez de una manera inconsciente, sus labios, las primeras estrofas de sus inmortales canciones.

(4) Me refiero á la hermosísima poesía que Chenier dedicó á Carlota Corday después de la muerte de Marat. Nadie ignora que uno de los principales móviles que impulsaron al célebre revolucionario fué el odio, acaso infundado, que siempre tuvo á la nobleza. Lamartine dice, refiriéndose á Marat, en la *Historia de los Girondinos:* «Escritor sin talento, sabio sin renombre y apasionado por la gloria, sin haber recibido los medios de ilustrarse ni de la sociedad ni de la naturaleza, se vengaba de todo lo que era grande en la naturaleza y en la sociedad. El talento era para él tan odioso como la aristocracia, y le perseguía encarnizadamente en cualquier parte en que le veía brillar. Este hombre hubiera querido nivelar la creación, y su idea fija era la igualdad, porque en la superioridad hallaba su martirio. Era amante de la revolución,

porque ésta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenía gusto en ver correr la sangre, porque le parecía que con ella lavaba la injuria de la obscuridad en que siempre había vivido.» Hombre que tan bastardos sentimientos guarda, debe ser despreciado por más que sea justa y santa la causa que defienda. Nunca ha sido digna de admiración la serpiente que se enrosca silbando y hiere el pie que la pisa.

(5) Cuando Chenier marchaba al patíbulo, murmuró, tocándose la frente, estas palabras: «*Je n'ai rien fait pour la hostérité, et pourtant j'avais quelque chose là!*» Él y Roucher, poeta también, dieron notable ejemplo de amor á la poesía y de menosprecio á la muerte, como dice uno de sus biógrafos, no cesando de hablar del arte durante el tiempo que tardó la carreta que los conducía, en recorrer el camino que separaba la prisión del cadalso. En el momento mismo de morir acababan de recitar la primera escena de *Andrómaca*.

LA MALDICIÓN DE JOB

POEMA

Tarde tempestuosa. Las nubes negras y aglomeradas cruzan pausadamente el espacio. El viento gime arrastrando las hojas secas. Los relámpagos brillan sin interrupción.

JOB, *sentado en un estercolero, apoya la cabeza en una mano y permanece inmóvil, hundido en meditación profunda. Se ve en el horizonte aparecer una nube más siniestra que las otras. Se aproxima con rapidez á la tierra; estalla un rayo; la nube se rasga y de su seno sale* SATANÁS, *que se mantiene á alguna distancia de* JOB, *mudo y fijos en él los ojos.*

JOB

¿Quién eres tú, que así, triste y sombrío,
tenaz, me ves? Tu rostro me es extraño;